

*Entusiasmo y desconfianza. Populismo y relaciones internacionales en el caso Perón-Ibáñez, 1953-1955**

Joaquín Fermandois

Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen: La política exterior del primer gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955), marcada por el lenguaje populista propio del proyecto peronista, supuso un desafío importante para Chile durante el gobierno de Carlos Ibáñez (1952-1958). Las múltiples similitudes entre ambos liderazgos llevaron a muchos a creer que era posible replicar en Chile, con matices, el modelo peronista ya instalado en Argentina. Pese a que existían voces en el entorno de Ibáñez que apuntaban en esa dirección, en la política exterior histórica del Estado chileno influyó en mayor medida la política de su gobierno ante Argentina que el parentesco retórico existente entre los proyectos Perón e Ibáñez.

Palabras clave: populismo, relaciones internacionales, peronismo, Perón, Ibáñez.

Abstract: The foreign policy of the first government of Juan Domingo Perón (1946-1955), marked by the populist rhetoric inherent to the Peronist project, posed an important challenge for Chile during the administration of Carlos Ibáñez (1952-1958). The multiple similarities between the leadership of both men led many to believe that it was possible to replicate in Chile, with a few differences, the Peronist model already established in Argentina. Despite the existence of voices in Ibáñez's entourage that pointed towards that objective, the historic

* Proyecto Fondecyt 1095219. Javier Recabarren y Constanza Dalla Porta colaboraron en la recopilación de material. Beatriz Figallo y Sebastián Hurtado tuvieron la amabilidad de leer y aconsejar correcciones a partes del texto.

foreign policy of the Chilean state influenced the policies of his administration towards Argentina to a larger extent than the rhetorical kinship between Perón e Ibáñez did.

Keywords: Populism, International Relations, Peronism, Perón, Ibáñez.

Populismo y relaciones internacionales

La literatura especializada ha empleado el término populismo, cuyo origen se halla en la política norteamericana de fines del siglo XIX, en muchos sentidos. Existen populismos de izquierda y de derecha, pero ninguno ha sido una copia de las izquierdas o derechas tradicionales en cada país. Quizá se podrían escoger términos alternativos como «democracia radical» o «democracia popular»¹. Este último tiene el inconveniente de confundirse con el «socialismo real», de lo que en América Latina sólo la Cuba revolucionaria y quizás Nicaragua en su momento pueden ser considerados como ejemplos. Para la investigación histórica es más apropiado el término «populismo», ya que posee una materialidad que lo hace fácilmente reconocible. Se le escoge por razones pragmáticas y se le coloca en el ámbito latinoamericano, en especial por una razón. La diversidad y hasta contradicción de las características y de las imágenes que mueven a estos populismos se pueden resumir, según autores recientes, en la idea de que la sociedad está dividida en dos grupos homogéneos: el «pueblo auténtico» y la «elite corrupta», y la verdadera política consiste en expresar la «voluntad general»². El fenómeno paradigmático fue el populismo de Juan Domingo Perón, que se movía entre la polarización y el avenimiento. Esto se

¹ Paul W. DRAKE: *Between Tyranny and Anarchy. A History of Democracy in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 2009, pp. 17-21. Esto entronca con la definición de populismo, pero se aplica para el estudio de la democracia en general. Otras consideraciones terminológicas pueden verse en Kurt WEYLAND: «Claryfying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics», *Comparative Politics*, 34, 1 (2004); Kenneth M. ROBERTS: «Populism, Political Conflict, and Grass-Roots Organization in Latin America», *Comparative Politics*, 38, 2 (2006), y Camille GOIRAND: «De Vargas à Collor: visages de populisme brésilien», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 56 (1997).

² Cas MUDDE y Cristóbal ROVIRA KALTWASSER (eds.): *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012, p. 8.

llevó también al plano internacional, en donde Perón en cierta manera fundó una de las variantes de la resistencia antihegemónica del siglo xx. Al populismo en la región le ha sido inherente la idea de que entre los adversarios que debe superar existe un «imperialismo» o «hegemonía» que conlleva responsabilidad en los males que afectan a la sociedad. En los asuntos internacionales este mal se identifica principalmente con Estados Unidos.

Ha habido una dimensión internacional menos analizada bajo el concepto de populismo: las relaciones bilaterales con los países de la región y la campaña desplegada para crear apoyo en la estrategia de resistencia a la hegemonía y de creación de alguna autonomía en el marco de la Guerra Fría. Este artículo analizará la política de Chile ante un vecino poderoso que experimentaba una de sus fases populistas. Chile poseía una tradición de política exterior caracterizada por una posición apaciguadora ante los problemas internacionales y la búsqueda de entendimientos a nivel regional que fortalecieran, o al menos no debilitaran, la siempre difícil posición del país ante sus vecinos; a la vez, su cultura política no era inmune a tendencias como la del peronismo. La política de liderazgo sudamericano y de confrontación (limitada) con Estados Unidos postulada por Perón, la tercera posición —que de algún modo prefiguraba a los no alineados—, difería de manera marcada con algunos cánones de la política exterior de Chile y de la cultura política internacional del país. No obstante, en su interior había corrientes que simpatizaban con lo que ha devenido en llamarse populismo, y en el entorno de Ibáñez había quienes se identificaban plenamente con un proyecto de estilo peronista³. La tensión entre ambas fuerzas, la política exterior histórica de Chile y las simpatías por la figura y la obra de Perón fueron un aspecto singular y relevante del segundo gobierno de Carlos Ibáñez y es un capítulo significativo, aunque poco estudiado, de la historia de las relaciones exteriores de Chile y de las relaciones internacionales del cono sur en el siglo xx.

³ Donald W. BRAY: «Peronism in Chile», *The Hispanic American Historical Review*, 47, 1 (1967), pp. 38-49, y Lucía ESPOSTO y Juan Pablo ZABALA: «La política exterior peronista (1946-1955)», en Alejandro SIMONOFF (coord.): *La Argentina y el mundo frente al bicentenario de la Revolución de Mayo. Las relaciones exteriores argentinas desde la secesión de España hasta la actualidad*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2010, pp. 131-195.

Carlos Ibáñez, ¿el Perón de Chile?

Las elecciones presidenciales de 1952 fueron ocasión de numerosas referencias a la influencia peronista en el cono sur, sobre todo por la posibilidad del triunfo de Carlos Ibáñez, el exdictador que se había aliado a la derecha en 1942 para después acercarse al populismo nacionalista que iba a colorear la campaña de 1952⁴. Alarmaba al gobierno que la prensa argentina, hechura del régimen, se pronunciara por Ibáñez debido a su afinidad con el peronismo⁵. Cuando triunfó Ibáñez, esa misma prensa, tal como lo temía el embajador, sostuvo que la política exterior chilena sería «antiimperialista» y que el nuevo gobierno abrogaría el tratado de seguridad con Washington⁶.

Ibáñez podía ser visto como una versión más atenuada del argentino. Sus partidarios habían sido actores de numerosas «conspiraciones» apoyadas supuestamente por el peronismo⁷. Apareció en Chile un *lobby* properonista, en parte seguramente financiado, pero al cual no se le puede negar en absoluto una raíz autónoma, un genuino entusiasmo y mirada hacia los vecinos como paradigma⁸.

⁴ Joaquín FERNÁNDEZ: *El ibañismo (1937-1952): un caso de populismo en la política chilena*, Santiago, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007. Sobre el peronismo como populismo en relaciones internacionales y su efecto en el cono sur los trabajos más completos son los de Loris ZANATTA: «Auge y declinación de la Tercera Posición. Bolivia, Perón y la Guerra Fría, 1943-1954», *Desarrollo Latinoamericano*, 45, 177 (2005), pp. 25-53; *id.*: *La Internacional Justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013, y Humberto MORALES MORENO: «América Latina en la Segunda Guerra Mundial (la historiografía del populismo en la región)», *Revista de Historia de América*, 140 (2009), pp. 33-49.

⁵ Del embajador Vergara al ministro de Relaciones Exteriores (MRE), 1 de agosto de 1952, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (ARREE), oficio confidencial 772/138, vol. 1087.

⁶ Del embajador Vergara al MRE, 8 de septiembre de 1952, ARREE, oficio confidencial 898/158, vol. 1087.

⁷ De Carlos Hall al State Department, 2 de octubre de 1951, National Archives and Record Administration (NARA), Record Group 59 (RG 59), 250, 625.35/10-251. Véase también Donald W. BRAY: «Peronism in Chile...», pp. 38-49.

⁸ Toda esta historia está relatada minuciosamente en un libro de esfuerzo monumental, aunque sin esgrimir el tema desde el ángulo del populismo y sin utilizar —seguramente por estarle vedado el acceso a ellos— los documentos confidenciales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Véase Leonor MACHINANDIA-

La candidatura de Ibáñez se aprovechó del aura de Perón. También surgió un polo antiperonista en Chile o que se excusó en la crítica a Perón para oponerse al gobierno de Ibáñez. En la campaña, salvo leves alardes de nuevas políticas hacia el cobre —en los hechos Ibáñez firmaría el Nuevo Trato, un acuerdo negociado con las compañías norteamericanas—, estaba la oposición de Ibáñez al Pacto de Ayuda Mutua (PAM), que creaba lazos formales de seguridad entre las fuerzas armadas latinoamericanas y las estadounidenses, un convenio muy auspiciado por los propios uniformados. El canciller del gobierno de Gabriel González Videla, Eduardo Irrazábal, lo defendió en la Cámara primero identificando a Chile con la «tradición occidental», en implícita diferencia de matiz con la Argentina de Perón; respondía así a la posición de Ibáñez, quien sostenía que lo debía negociar el gobierno que surgiera de las elecciones de septiembre de 1952. El PAM desempeñó algún papel en la campaña, teñida de nacionalismo de izquierda y derecha, pero más con un tinte populista con algo de gusto a peronismo, sobre todo al aspecto conservador del justicialismo. Por lo demás, Carlos Ibáñez fue electo por un cansancio con el sistema de partidos tradicionales más que por representar un «peronismo a la chilena». Por cierto, había comunidad estructural entre ibañismo y peronismo, aunque sin crear una filiación⁹.

La administración Ibáñez: aproximación y diferenciación con el discurso peronista

Arturo Olavarría, fugaz canciller de la primera hora del segundo gobierno de Ibáñez, fue un articulado portavoz de la política exterior chilena. A pesar de la brevedad de su periodo como ministro de Relaciones Exteriores, su mensaje internacional es representativo del discurso internacional del Estado chileno. Se muestra una tendencia de la política exterior chilena, aunque no necesariamente

RENA DE DEVOTO: *Las relaciones con Chile durante el peronismo: 1946-1955*, Buenos Aires, Lumiere, 2005.

⁹ Joaquín FERNÁNDEZ: *El ibañismo...*, y Elisa FERNÁNDEZ: *Beyond Partisan Politics: the Carlos Ibáñez Period and the Politics of Ultrnationalism between 1952-1958*, Coral Gables (Florida), University of Miami, 1996.

una acción que se desprenda con facilidad de dicha postura. Para los fines de este artículo hay que llamar la atención sobre dos aspectos de su exposición ante el Senado en diciembre de 1952.

Primero, una cierta noción de «estructuralismo» cepaliano, aunque no con esas palabras:

«Esos países (a los que pertenece Chile) forman América Latina, Asia, Medio Oriente y, en parte, África. En la comunidad internacional no ha habido hasta hoy un sitio digno para estas naciones y pueblos, que representan a la mayoría de la población humana y la mayor cuota de los recursos naturales de la Tierra. Creemos que por ese camino Chile debiera orientar su política exterior, en lo económico y en lo político. Explorar mercados, conectar posibilidades de acción comercial hasta hoy desconocidas, llegar a acuerdos para actuar de consuno en el abastecimiento de materias primas a fin de no salir perjudicados en la relación de precios con los productores industriales».

Esta visión estaba en consonancia con la idea formalizada por Raúl Prebisch acerca de la tendencia decreciente de los precios de los recursos naturales; la propuesta iba tanto a un desarrollo autónomo como a insinuar una relación de fuerza, lo que en cierta medida era convergente con el lenguaje de Perón¹⁰.

Segundo, la afirmación aclaratoria del canciller, en un párrafo posterior, de que Chile no abandona el «campo occidental»:

«No estamos sumándonos, ni mucho menos propiciando, una tercera posición en el campo internacional. Tenemos el sentido de las proporcionalidades, pero, igualmente, el de las responsabilidades. Estamos junto a las democracias, pero, como nuestra adhesión es sincera, buscamos los medios de acción exterior que nos permitan hacer de esa concepción de la vida un hecho tangible y palpable».

Vale decir que se reafirma una elección por el «campo occidental», aunque dentro de la dinámica externa chilena, lo que predominó en el siglo xx hasta 1970 en términos de política exterior. El

¹⁰ Raúl PREBISCH: *El desarrollo económico de la América Latina y sus principales problemas*, Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, 1949.

discurso de Olavarría se apartó sutil pero claramente de la Argentina de Perón, aunque tenía puntos de encuentro. Con todo:

«Desearíamos borrar las fronteras económicas con (Argentina), complementar nuestras producciones, tanto naturales como industriales, llegar virtualmente dentro de lo posible a constituir una unidad económica. Bien sabemos las dificultades que esto presenta; bien conocemos los intereses que se oponen a esto. Los legítimos serán debidamente considerados; los ilegítimos, que no afectan al país, serán dejados de lado»¹¹.

Este lenguaje se aproxima al del populismo en el plano internacional, pero de una manera ligerísima. Al poner como prioridad la integración con Argentina no hace sino decir lo obvio; al hablarse de «borrar las fronteras» se aproxima a la Argentina peronista sin comprometerse en un programa maximalista y sin confrontar una oposición muy marcada al interior del país. Aludir a «intereses» no legítimos, en un sentido indeterminado, puede ser retórica populista, rupturista; puede ser sólo un decir. En suma, para provenir de una candidatura que presumiblemente tuvo sólido apoyo peronista, el matiz de la política exterior que se identifica con la Argentina peronista no alcanza a implicar una desviación significativa de la política exterior sostenida históricamente por Chile.

Perón en Chile

Apenas el embajador Conrado Ríos Gallardo —canciller en el primer gobierno de Ibáñez y embajador en Buenos Aires a comienzos de 1940— presentó sus credenciales ante Perón apareció con claridad el carácter que quería darle el presidente de Argentina a la relación bilateral. Le dijo que ya antes había señalado a Ibáñez, cuando lo visitó en 1949, que «había que enlazar los destinos de ambos países». El embajador, por cierto, aludió a que debía ser como en Europa con el Plan Schuman —raíz de la unidad eu-

¹¹ «Política internacional del gobierno de Chile bajo la administración del excelentísimo señor don Carlos Ibáñez del Campo», Exposición del canciller Arturo Olavarría ante el Senado, 23 de diciembre de 1952, anexo a circular 6, 27 de diciembre de 1952, ARREE.

ropea—, como para colocar un marco de referencia. Perón retrucó con una posición antinorteamericana:

«Perón dijo que a los Estados Unidos no les importa el cumplimiento de los acuerdos internacionales, sólo los cumplen cuando les conviene y los olvidan cuando no. De lo que no hay dudas es que el entendimiento entre Chile y Argentina no caerá bien a Washington, porque la política del Departamento de Estado ha consistido siempre en crear recelos entre nuestros pueblos y cuando no se pueden crear esos recelos se reparten armas»¹².

Aunque el testimonio es frágil, sí es coherente con una visión que se expresa desde Argentina y que tuvo, la mayoría de las veces, menos fuerza en el Chile oficial: una desconfianza de principio en el lenguaje político que legitimaba al antiimperialismo de tonalidad peronista. No comenzó con Perón, pero éste lo dejó instalado con particular arraigo en la cultura política de su país.

Aplausos, apoyo, desconfianza, oposición y finalmente inercia destacaron en los siguientes pasos: la visita de Perón a Chile y la de Ibáñez a Argentina en febrero y julio de 1953, respectivamente. Que no se olvide que las visitas presidenciales no se convirtieron en cosa corriente sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Es por ello que hasta la década de 1960 las visitas presidenciales poseían una carga de simbolismo y estrategia política que después se perdería casi por completo. Las de Perón e Ibáñez poseyeron esa carga¹³. Era la primera visita de un jefe de Estado extranjero, dejando de lado el caso de Julio Argentino Roca en 1899. Herbert Hoover había venido como presidente electo de Estados Unidos en 1929. Era toda una novedad. Perón y el peronismo provocaron inquietud y hostilidad en Chile, pero también tenían sus admiradores, e Ibáñez estaba en la pleamar de su popularidad a tres meses de asumir el cargo.

Perón había sido agregado militar en Chile en la segunda mitad de los años treinta e Ibáñez lo había conocido ya como sena-

¹² Del embajador Conrado Ríos Gallardo al MRE, 14 de enero de 1953, ARREE, oficio confidencial 97/2, vol. 1117.

¹³ José Luis DE IMAZ: «Perón e Ibáñez. El Tratado Económico Argentino-Chileno», y Gonzalo VIAL: «Chile y Argentina: Ibáñez y Perón (1952-1954)», ambos en Joaquín FERNANDOIS *et al.*: *Nueva mirada a la historia*, Santiago, VER, 1996.

dor en 1949. Encontraron muchos puntos en común. Caben pocas dudas de que el argentino intentó convencer al chileno de que siguiera sus pasos y su estilo, aunque se hace difícil discernir qué forma específica hubiera tomado un gobierno de Ibáñez modelado según el ejemplo peronista. Perón visitó Chile entre el 20 y el 26 de febrero de 1953. No sólo fue la primera, sino que hasta la visita de Fidel Castro en 1971 fue la única en mostrar un estilo que sorprendía y que tenía un claro mensaje interno¹⁴. En las conversaciones con Ríos Gallardo se habló específicamente de que la fecha de la visita debería adelantarse para que tuviera un impacto electoral que ayudara a Ibáñez en las elecciones parlamentarias de comienzos de marzo de 1953, mientras que en Chile algunas voces opositoras insinuaban que la visita debería efectuarse después de las elecciones. En su entusiasmo, Perón, por boca del canciller Jerónimo Remorino, decía que el objetivo final era hacer de los dos países un solo Estado y que un chileno sería presidente, lo que era mirado con abierta incredulidad y desconfianza por los chilenos¹⁵. A las dos partes les pesaba también el argumento de que la nueva administración Eisenhower mostraba menos interés en América Latina, por lo que había que crear una causa común, y que Perón y Getulio Vargas experimentaban una cierta distancia, en lo que Chile, insinuaban los chilenos, era una especie de convidado de piedra.

El mismo Perón le decía al embajador Conrado Ríos Gallardo que no quería que su visita «se confundiera con la de otros jefes de Estado y príncipes de sangre azul»¹⁶. Pero sobre todo, Perón ansiaba marcar una diferencia con el protocolo de tipo «oligárquico»

¹⁴ Otra cosa es preguntarse si visitas como la de Eisenhower en 1960 o la de De Gaulle en 1964, al reforzar el sistema establecido, no implicaban un «rechazo al rechazo», es decir, a aquellos que propiciaban una radical alteración social y económica, y con ello era también de alguna manera una intervención en la dinámica interna. Sobre la «época de las visitas» véase Joaquín FERNANDOIS: «The Hero on the Latin American Scene», en Christian NUENLIST, Anna LOCHER y Garrett MARTIN (eds.): *Globalizing de Gaulle. International Perspectives on French Foreign Policies, 1958-1969*, Lanham-Boulder-Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers Inc., 2010, pp. 273-283.

¹⁵ De Conrado Ríos al presidente de la República, 24 de enero de 1953, ARREE, Fondo Conrado Ríos Gallardo (FCRG), volumen correspondencia, 1953-1954.

¹⁶ Arturo OLAVARRÍA BRAVO: *Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas*, vol. II, Santiago, Nascimento, 1962, pp. 187-228.

y le decía a Conrado Ríos que «ambicionaba la mayor sencillez, la menor etiqueta, poder andar del brazo con el presidente Ibáñez por la calle Ahumada, poder comer un plato de frejoles granados con ají verde»¹⁷. A Arturo Olavarría el embajador Ríos le decía que estos «niños del justicialismo si pudieran andarían hasta en calzoncillos» y que había un «afán enfermizo de inocular el justicialismo entre nuestros empleados y trabajadores»¹⁸. A juzgar por los despachos de Ríos, la visita era preparada con más minuciosidad en Buenos Aires que en Santiago, donde la Cancillería y el mismo Ibáñez —sostenía el embajador de Chile— no le daban luces sobre cómo reaccionar a las propuestas de la Casa Rosada¹⁹.

Aunque el peronismo tenía contactos de bastante amplitud en Chile, el aparato justicialista no era un «actor racional unitario» y en ocasiones la Cancillería argentina le reconocía a la embajada chilena que otros organismos del Estado intervenían indebidamente en las relaciones con Chile²⁰. El ministro del Interior Ángel Borlenghi quería viajar a Chile de incógnito antes de la gira de Perón para establecer contactos y hallar un *modus operandi* con gremios y sindicatos chilenos. Su idea era hacer de ello una política general en América²¹. De las iniciativas que mostraban los funcionarios argentinos se veía la intensa relación que buscaban con el sindicalismo chileno. Una iniciativa como ésta es una de las que más identifican al populismo en relaciones internacionales.

La impresión que resta es que el gobierno de Ibáñez en general mantenía distancia de una identificación entusiasta con el modelo peronista, habiendo divisiones en el interior del mismo. Perón mostraba suma preocupación porque su viaje a Chile tuviera un

¹⁷ De Conrado Ríos al canceller Arturo Olavarría, 5 de febrero de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954.

¹⁸ De Conrado Ríos al canceller Arturo Olavarría, 10 de febrero de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1954-1953.

¹⁹ De Conrado Ríos al canceller Arturo Olavarría, 7 de febrero de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954. Es probable que en parte se debiera a que en la mayoría del Senado y de la clase política había crecido la desconfianza hacia Perón. Véase Leonor MACHINANDIARENA DE DEVOTO: *Las relaciones con Chile...*, pp. 253-264.

²⁰ De la embajada al MRE, 30 de octubre de 1953, ARREE, aerograma estrictamente confidencial 335, vol. 1118.

²¹ De Conrado Ríos al canceller Arturo Olavarría, 5 de febrero de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954.

simbolismo político que fuera un mensaje a toda América. Esto era consecuente con los propósitos centrales de su estrategia de política exterior: la creación de un polo latinoamericano, o al menos sudamericano, liderado por la Argentina justicialista²². Perón le insistía al embajador Ríos Gallardo que se debía emitir una declaración conjunta, lo más importante del viaje. Aunque la Cancillería chilena no tenía ninguna propuesta, el embajador sí había escrito un borrador. Juan Atilio Bramuglia, ministro de Relaciones Exteriores de Argentina entre 1946 y 1949, la encontró muy económica y Conrado Ríos dijo que en el mundo moderno los intereses económicos eran los políticos. Bramuglia añadía que esta declaración debería ser la base de una propuesta para todos los países latinoamericanos²³. El objetivo de Perón era mucho más amplio que el de los chilenos, quienes, a pesar de las simpatías de un sector de los ibañistas por el caudillo argentino, temían verse arrastrados a objetivos de Perón.

Perón quería ser percibido como un líder popular por el pueblo chileno. Lo logró plenamente. El entusiasmo de las multitudes por momentos alcanzó al delirio. Se mostró mucha acción social y encuentros del presidente argentino con líderes sindicales. Hubo un Chile escéptico, pero no apareció en las calles. Al parecer hubo alguna correlación social. Desde la clase media a sectores populares Perón tuvo buena o muy buena recepción, pero se enfriaba a medida que se subía en la escala social, en analogía con lo que sucedía en la misma Argentina.

La entusiasta recepción puede explicarse, en primer lugar, porque en ese entonces a los jefes de Estado se les recibía de esa manera. Había un halo en las visitas que después se esfumó. En segundo lugar, porque el mensaje de Perón calaba como el de alguien especial, y estableció un vínculo emocional y de ideas con parte del público, al que le parecía y siempre la parecerá razonable una polí-

²² Este tema es desarrollado en detalle y profundidad en la obra de Loris ZANATTA: *La Internacional Justicialista...* Zanatta sostiene, además, que este impulso expansionista de la política exterior peronista está directamente ligado a un interés histórico presente en la cultura política argentina que estimaba que el país debía convertirse en el líder regional.

²³ Del embajador al MRE, 9 de febrero de 1953, ARREE, oficio estrictamente confidencial 159/8, vol. 1117.

tica común de los países latinoamericanos. Pero también es un público evanescente, que no crea una lógica de continuidad en ninguno de los dos lados de los Andes. El discurso de bienvenida de Carlos Ibáñez se centra en este punto:

«La cordillera libre deberá ser el primer paso hacia la amplia unidad económica entre Chile y Argentina, que mi gobierno preconiza y auspicia como antecedente de la unidad latinoamericana. La coordinación de su economía en un plano continental está siendo reclamada en forma urgente por el impulso aislado, pero cada día más vigoroso, del desarrollo industrial y agrícola de los países que deben integrarla, concepto que no excluye, sino que favorece, las relaciones de buena vecindad en todo el continente»²⁴.

Nadie podía —ni puede— estar en contra de esta propuesta, que tácitamente Ibáñez subordina a la idea general de buena vecindad, eje de la política exterior cotidiana de Chile. En cambio, Perón se aproximó más a un programa político interno transformado en proyecto internacional, aunque con la inteligencia y las consideraciones del caso, sobre todo para no provocar bochorno a su anfitrión:

«Yo no soy un caudillo político [sino que he sido declarado] por los trabajadores argentinos el primer trabajador de la República [...] Nuestros trabajadores, pensando en esa justicia y en esa libertad, que nunca llega a este mundo, frente al horizonte preñado de amenazas [...] han decidido conquistar, por sí y en su tierra, su propia justicia y su propia libertad. No queremos ya la justicia con los ojos vendados; no queremos la libertad con aire acondicionado; queremos la justicia para nuestro pueblo y la libertad para nuestro pueblo y para nuestra patria. Por ello luchamos y por ello moriremos, si es preciso, porque pensamos siempre con la vieja sentencia, que es mejor en defensa de la libertad y en defensa de la justicia morir de pie que vivir de rodillas [...] Nuestros acuerdos son en defensa de nuestras conveniencias, de nuestra historia y de nuestros sentimientos. No estamos contra nadie; no pensamos en nadie, y todas las suspicacias que hayan podido levantarse al calor de la calumnia y de la ignominia no llegan a los hombres que están decididos a cumplir con su deber»²⁵.

²⁴ Este texto y el siguiente de Perón en ARREE, circular 17, 1953.

²⁵ *Ibid.*

Da la impresión de que estas palabras fueron improvisadas. Pero no procedían de una persuasión política improvisada. Tiene mucho de la tonalidad populista y de la imagen de «patria mancillada» que en los siglos XIX y XX alimentó a ideologías radicales. En estas palabras hay una exhortación a colocar la política interna y externa del continente en un esquema de *relativa* confrontación con Estados Unidos, siguiendo la fórmula creada en Buenos Aires. El Acta Final es una síntesis de ambos discursos, aunque muy aceptable para el gusto chileno:

«Que inspirados en los principios comunes de soberanía política, justicia social e independencia económica, juzgan urgente adoptar medidas tendientes a alcanzar los objetivos de progreso y bienestar de sus pueblos por intermedio de la acción común y coordinada de sus gobiernos»²⁶.

El Perón ideológico estaba adosado a uno pragmático no necesariamente orientado a llevar a la práctica una doctrina maximalista, sino a convivir con su entorno. Y éste no era sólo Estados Unidos, sino también el Brasil de Getulio Vargas, que veía efectivamente con recelo los movimientos de Perón²⁷. Por muchas fuentes se sabe que en el fondo Estados Unidos no temía demasiado a Perón y éste quería acercarse a Washington²⁸. El viaje de Perón tuvo en general resultados ambivalentes, y si al final todo se disolvió en su impacto interno se debió a que el gobierno de Ibáñez no se decidió por un curso «peronista» ni en política interna ni externa²⁹.

Mas, contra los temores de La Moneda, a nivel regional se percibía a Ibáñez como manejando su propia política y no siguiendo las aguas de Perón³⁰. Eso no quiere decir que no haya habido ner-

²⁶ Contenido de la comunicación del MRE al embajador en Buenos Aires, 6 de marzo de 1953, ARREE, oficio confidencial 01817, vol. 1113.

²⁷ De Dulles a Bowers, 5 de marzo de 1953, NARA, RG 59, box 2900, 250, 625.35/3-543.

²⁸ Gabriel PORCILE: «The Challenge of Cooperation: Argentina and Brazil, 1939-1955», *Journal of Latin American Studies*, 27, 1 (1995).

²⁹ Ernesto WÜRTH ROJAS: *Ibáñez. Caudillo enigmático*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, p. 304.

³⁰ Al menos era la opinión del embajador en la comunicación del embajador al MRE, 11 de mayo de 1953, ARREE, oficio confidencial 19, vol. 1114.

viosismo, en especial en Brasil y en Perú³¹. Conrado Ríos transmitía desde Buenos Aires las impresiones de Perón de que había roto un «cerco militar» de ochenta años establecido por Brasil y Chile. El presidente argentino definió a Brasil como un gigante con pies de barro, exportador de café y bananas, poseedor de recursos minerales de difícil explotación. Perón afirmaba que escribiría una carta a Getulio Vargas para explicarle y que en Perú contactaría al general Noriega, amigo suyo, y no a Odría, a quien tachaba de «desleal»³².

Aquí asoma una ambigüedad chilena que la documentación arroja a retazos. El nuevo embajador de Chile en Río, el general Arnaldo Carrasco, en su presentación de credenciales, aseguraba al presidente Getulio Vargas que Chile «repudia toda formación de bloques» que pueda entorpecer la idea de una unidad latinoamericana y que la amistad con Brasil sigue en el mismo pie que en época del imperio³³. Perón hacía lo mismo con Vargas, pero desde otro ángulo, afirmando que «mis deseos más fervientes serían llegar con Brasil a un acuerdo como hemos llegado con Chile [y que tanto] el general Ibáñez como yo pensamos en la necesidad de unirnos frente a un futuro incierto y estamos persuadidos que el año dos mil nos hallará unidos o dominados»³⁴. Ésta sí que es una auténtica declaración de espíritu del peronismo de Perón y de su intento estratégico de crear desde el cono sur un polo que rivalizara con Washington, mientras que el intento chileno se dirigía a conservar un cierto balance entre ambas realidades. Como se ve, no puede ser más patente

³¹ Esto se encuentra en el mensaje del MRE al embajador en Buenos Aires, donde resume las visiones regionales al menos de la prensa, aunque deteniéndose en el caso de Lima, 20 de marzo de 1953, ARREE, oficio confidencial 0973, vol. 1113.

³² Conrado Ríos no explica la fuente de estas palabras y es difícil que se las haya dicho el mismo Perón, pero era el lenguaje de la época y expresaba la *Weltanschauung* industrializadora de Perón. Véase comunicación del embajador al MRE, 19 de marzo de 1953, ARREE, oficio confidencial 162/8, vol. 1117.

³³ Memorándum interno del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, s.f., pero por referencias redactado inmediatamente después de la visita de Perón a Chile, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954.

³⁴ De Juan Domingo Perón a Getulio Vargas, Buenos Aires, 6 de marzo de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954. Extrañará que esta carta se encuentre aquí, pero no hay motivo fundamental para dudar de su autenticidad.

la contradicción con lo que le transmitía al embajador Conrado Ríos acerca de romper el «cerco» brasileño.

Preocupado porque Perú caía en «la órbita de Brasil», Conrado Ríos apelaba ante Enrique Gallardo Nieto, embajador de Chile en Lima, que «existe el deber de mantener en todas partes una estrecha unión entre los diplomáticos chilenos y argentinos»³⁵. A su vez, Ibáñez le escribió a Perón para expresarle su total conformidad con la carta que éste le envió a Getulio Vargas y de paso se mostró entusiasmado por los proyectos en común que se seguían desarrollando en lo físico, en lo cultural y en lo comercial³⁶. Perón le respondió con una apelación a redoblar un combate contra fuerzas «internas y externas»:

«También, como usted, enfrentaré yo la lucha insidiosa de las fuerzas internacionales que se mueven tras objetivos inconfesables, encubiertos con sofismas y encubiertos disfraces. No hay que temerlas mientras tengamos la fortuna de esgrimir la verdad y poderlas pelear a cara descubierta. Ésas están vencidas en germen. No nos será difícil dominarlas si procedemos con decisión y energía. Lo peor es adaptarse a sus métodos. Frente a la mentira nada hay más efectivo que la verdad»³⁷.

Aquí reside una exhortación que se coloca con claridad en la línea del populismo: movilizar la política cotidiana como una forma de enfrentamiento, aunque no en su carácter revolucionario.

El tratado bilateral proyectado y la política hacia Argentina eran asuntos controvertidos en la política interna de Chile; lo eran menos en Argentina. Lo que más complicaba las cosas era la dualidad entre la actitud prudente frente al gobierno chileno de Perón y del canciller Remorino, por una parte, y el entusiasmo por pagar el credo peronista de muchos altos funcionarios, por otra.

También el embajador Conrado Ríos tuvo que defender el tratado frente a las críticas desde el interior del país provenientes

³⁵ De Conrado Ríos a Enrique Gallardo Nieto, 7 de marzo de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954.

³⁶ De Carlos Ibáñez a Juan Domingo Perón, 9 de marzo de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954.

³⁷ De Juan Domingo Perón a Carlos Ibáñez, 16 de marzo de 1953, ARREE, FCRG, volumen correspondencia, 1953-1954.

en especial de la derecha. Desde esta perspectiva se acusaba que el tratado era político, cuando debiera ser exclusivamente económico. El embajador —quejándose de que el aparato diplomático chileno lo dejaba solo— respondía que la actitud argentina era transparente³⁸. Ríos Gallardo lo veía como oposición política interna y también como reflejo de una actitud pronorteamericana, con la ironía de que las relaciones entre Argentina y Estados Unidos habían mejorado mucho.

Ibáñez en Argentina

Al viaje de Perón le sucedió el de Ibáñez a Buenos Aires con ocasión del día de la Declaración de Independencia y la firma del Tratado Chileno-Argentino, un acuerdo comercial más modesto de lo que las declaraciones de integración hacían suponer, pero más en sintonía con las posibilidades y con los intereses concretos chilenos. La idea central es que mientras la Cancillería y el mismo Perón jamás dieron un paso concreto para establecer o anclar una hegemonía estratégica frente a Chile, la Casa Rosada dejaba hacer al aparato gubernamental e ideológico ligado al justicialismo para influir no sólo en la política exterior de Chile —y presumiblemente de otros vecinos—, sino también para proyectar el impulso ideológico del peronismo en el cono sur³⁹. Esto último creó, asimismo, la fuente de desconfianza en la política interna chilena.

Parte de los chilenos debía haber pensado lo mismo que la embajada norteamericana: era mejor no oponerse al tratado, sino fijarse en sus aspectos técnicos; así los norteamericanos podían deflectar críticas a Washington y los chilenos escépticos podían esperar que el tiempo demostrara que no importaba mucho. Estos últimos estaban tensionados entre la lealtad a corrientes latinoamericanistas y la identificación con estrategias generales de Washing-

³⁸ Memorándum del embajador Conrado Ríos Gallardo sobre el Tratado de Unión Económica Chileno-Argentina, 10 de marzo de 1953, ARREE, FCRG, carpeta 1.

³⁹ La Cancillería argentina le tiene que llamar la atención a su propio embajador De la Cruz Guerrero por realizar propaganda política en Chile (o eso se le explica al embajador de Chile). Véase correspondencia del embajador al MRE, 28 de noviembre de 1953, ARREE, aerograma estrictamente confidencial 375, vol. 1116.

ton⁴⁰. Ibáñez puso su acento en identificar su discurso con el de Perón, aunque en sus tonalidades más tranquilizadoras para Brasil y Estados Unidos:

«Ninguno de los países hermanos debe pensar que chilenos y argentinos pretendemos la hegemonía continental —como lo insinúa la suspicacia de algunos círculos interesados y ajenos al elevado espíritu de confraternidad latinoamericana—, sino, por el contrario, nuestro pacto debe entenderse como el primer eslabón práctico de la hermandad que une desde su origen a todas las naciones hispanolatinas del Nuevo Mundo»⁴¹.

Claro que también fue conciliador con las ideas del anfitrión. Desde el balcón de la Casa Rosada Ibáñez hizo hincapié en que traía el saludo de «los trabajadores» de su patria y que el convenio a firmarse era la prolongación de la lucha iniciada por San Martín y O'Higgins:

«Yo señalo ante la faz de América —hasta el presente desunida y dominada por una mentalidad regionalista— que con esta unión económica tanto chilenos como argentinos retornamos a la senda emancipadora que fijaron hace casi ciento cincuenta años nuestros libertadores y que representa lo más vivo y eterno de las tradiciones continentales»⁴².

Esto no rompía un consenso interno en la mirada a la política exterior chilena y convergía con las *formas* de la interpretación peronista. El tratado económico fue en general bien recibido en Chile y las críticas se concentraron en lo que se presumía era la estrategia política de crear un bloque latinoamericano.

Es muy significativo que Chile se haya encargado de hacer saber a otros países sudamericanos que estaba contra toda «política

⁴⁰ De Nufer al State Department, Buenos Aires, 25 de febrero de 1953, NARA, RG 59, box 2900, 250, 625.35/2-2553. El embajador anota que si Chile cambiara su política comercial ante el tratado con Argentina tendría que responder ante el GATT. Véase correspondencia de Bowers al State Department, 26 de febrero de 1953, NARA, RG 59, box 2900, 250, 2-2653.

⁴¹ *El Mercurio*, 8 de julio de 1953.

⁴² Memorándum redactado por el embajador, «Convenio de Unión Económica Chile-Argentina» y «Visita del presidente Carlos Ibáñez del Campo a Argentina», ARREE, FCRG, carpeta 3.

de bloques», aunque no consideraba a América Latina en su totalidad como un «bloque»⁴³. Meses después, el embajador de Chile en Montevideo decía que nada indicaba que la relación de Chile con Estados Unidos fuera a cambiar y que la oposición como candidato de Carlos Ibáñez al Pacto de Ayuda Mutua se debió a que el entonces presidente González Videla no le había consultado nada⁴⁴.

Como se decía, cuando Ibáñez fue a Buenos Aires en julio siguiente las cosas parecieron ser diferentes. El tratado que se firmó fue menos comprensivo de lo esperado por el gobierno argentino e Ibáñez era casi una nota al margen en el escenario⁴⁵. Ibáñez profesaba gratitud personal a Perón, pero la política exterior de Chile, a pesar de algunas especulaciones continentales, no cambió mucho durante su gobierno⁴⁶. La declaración final fue muy discutida por las dos delegaciones. Los chilenos, para enfado de los argentinos, lograron borrar toda referencia crítica a Estados Unidos y, además, en público ponían énfasis en que no se apuntaba a la «formación de bloques», sino que el tratado estaba abierto a otros países⁴⁷.

Aunque no en declaraciones públicas, la Cancillería chilena era muy puntillosa en rebatir toda declaración argentina —que abundaban— que reconociera que había líderes en América Latina, que las ideas justicialistas fueran las que garantizaran la independencia de la región o que sólo esas políticas fueran las que hubieran producido progreso social en estos países. En una comunicación con la embajada en Buenos Aires se afirmaba desde la Cancillería que no podía olvidarse «que Chile se ha mantenido siempre en una posición de avanzada en esta materia y que para demostrarlo basta con

⁴³ De Caspar D. Green al State Department, Río de Janeiro, 6 de marzo de 1953, NARA, RG 59, box 2900, 250, 625.35/3-653.

⁴⁴ De Edward G. Trueblood al State Department, Montevideo, 8 de junio de 1953, NARA, RG 59, box 2900, 250, 625.35/6-853.

⁴⁵ De Ernst Siracuse al State Department, Buenos Aires, 13 de julio de 1953, NARA, RG 59, box 2900, 250, 625.35/13-753.

⁴⁶ Del embajador Campe al Auswärtiges Amt (AA) (Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania Federal), 21 de enero de 1954, Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PAAA) (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores), B II, ficha 1312-2. Finalmente, Ibáñez no presentó el proyecto ante el Senado por temor a que fuera rechazado; se operó con base en un *modus vivendi*. Véase Rodrigo MARDONES: «Chile y su comercio exterior con Argentina, 1930-1960», *Historia*, 29 (1995-1996), pp. 235-293, esp. p. 290.

⁴⁷ Del embajador Campe al AA, 13 de julio de 1953, PAAA, B II, ficha 1312-4.

recordar el impulso dado a la legislación social en la primera administración del excelentísimo señor Ibáñez, que culminó con la aprobación del Código del Trabajo de 28 de mayo de 1931»⁴⁸. Había conciencia en el Estado chileno que la idea política era distinta, por más que haya habido mucha simpatía personal y esfuerzos mutuos por incrementar las relaciones.

¿Existió un proyecto peronista en Chile?

Un tema no poco importante es si hubo intención en Ibáñez o en su entorno de emular de alguna manera el modelo peronista en Chile. De haber existido tal intención es casi seguro que en una cultura política como la chilena hubiese tenido que llevarse a la práctica a través de medios dictatoriales o, al menos, extraconstitucionales. En general parece seguir siendo cierta la afirmación de Olavarría de que el 90 por 100 de los que votaron por Ibáñez lo hicieron pensando, y quizá deseando, que se convirtiera en dictador. No sabían que dentro del 10 por 100 restante estaba el voto del propio general Ibáñez⁴⁹. La afirmación parece captar algo de la realidad: el caudillo militar y hombre fuerte de 1924 quería regresar y consagrarse como presidente constitucional. Mas, ante los enfrentamientos con el Congreso, los movimientos huelguísticos de la Central Única de Trabajadores (CUT), la movilización agitada por el Partido Comunista (prohibido más en la letra que en la práctica), en particular en 1954, y con un entorno en donde algunos lo empujaban en esa dirección, es posible que el corazón de Ibáñez haya latido también en el ritmo de una salida dictatorial. Incluso Ibáñez propició o encauzó un movimiento de militares de mediana graduación, la Línea Recta, que apoyaría una presunta dictadura de Ibáñez, que se disolvió al poco tiempo de echar a andar en 1955. La reacción de sectores reacios a esta salida dentro del gobierno, en las fuerzas armadas y en el mundo político aventó esta posibilidad⁵⁰.

⁴⁸ Del MRE al embajador, 20 de noviembre de 1953, ARREE, oficio confidencial 57, vol. 1114.

⁴⁹ Arturo OLAVARRÍA: *Chile entre dos Alessandri...*, vol. II, pp. 121 y ss.

⁵⁰ Verónica VALDIVIA: *Nacionalismo e ibañismo*, Santiago, Universidad Blas Cañas, Serie de Investigaciones, núm. 8, 1995.(00)

El punto aquí es ¿hubo aliento desde Buenos Aires? Hay pocas huellas de pólvora, sólo indicios indirectos. Los admiradores de Perón en Chile quizás empujaban en esta dirección. Famosos fueron los casos de María de la Cruz, la primera mujer senadora, que fue admiradora de Perón durante toda su vida y, de hecho, recibió importantes contribuciones financieras por parte del justicialismo, lo que en el fondo le valió caer en desgracia en el escenario político chileno⁵¹. Esa admiración abundaba en el entorno de Ibáñez sin influir de manera visible en la política exterior chilena; no se efectuó nada distinto a lo de otros gobiernos chilenos en los años de la democracia «típica», entre 1932 y 1973 —Salvador Allende tuvo sorprendentes relaciones de entendimiento con el general Alejandro Lanusse—. Otro caso fue el de Darío Sainte-Marie, exitoso periodista y después director de un periódico de prensa satírica y antioligárquica, *Clarín*, de bastante influencia en el Chile político. Habría sido un hombre financiado por Perón, aunque no existen mayores pruebas⁵². Que había un peronismo latente no sólo ideológico, sino con aliados en su aparato, lo probó la fuga en 1957 de uno de los hombres de Perón, Guillermo Patricio Kelly, ya sentenciado a ser extraditado a Argentina. Por este hecho en Chile fue destituido por la Cámara el ministro de Relaciones Exteriores, Osvaldo Sainte-Marie, hermano de Darío. Todo esto, sin embargo, está envuelto en las arenas movedizas de los rumores.

Aparentemente hubo un intercambio de cartas entre Perón e Ibáñez después del primer encuentro en Chile. El primero alentaba a Ibáñez por el camino de una política temeraria en lo económico, dadas las posibilidades de Chile. Perón le habría dicho a Ibáñez que siguiera la senda del justicialismo, que diera «al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda. Cuando a usted le parezca que da mucho, deles más. Verá el efecto [...] Tratarán de asustarle con el fantasma de la economía. Es [...] mentira. No hay

⁵¹ Donald W. BRAY: «Peronism in Chile...», pp. 41-42, y Carlos ESCUDÉ y Andrés CISNEROS (dirs.): *Historia de las relaciones exteriores argentinas*, capítulo 61, «La tercera posición de la era peronista (1946-1952)», sección «La política regional del peronismo», accesible en <http://www.argentina-rree.com/13/13-010.htm>.

⁵² Es una de las tesis de Gonzalo VIAL: «Chile y Argentina...». Las pruebas serían declaraciones no escritas de Conrado Ríos, así como acusaciones ante una comisión investigadora de la Cámara de Diputados de Chile en 1956.

nada más elástico que esa economía que todos temen porque no la conocen». Agregaba que debía asesorarse por personas capaces, ejecutivas; que no temiera a la batalla, que la buscara.

«Si he de serle franco, como siempre lo seré con usted, debo decirle de soldado a soldado que su pueblo comienza a dudar. No espere más [...] Mayores salarios y abaratamiento de la vida [...] Terminarán así los rumores y especies malévolamente lanzados»⁵³.

Esto es una exhortación al tipo de liderato populista representado por Perón, una democracia de movilización, quizás algo autoritaria, pero que difería de manera marcada de las posibilidades que *hasta el momento* había mostrado el sistema político chileno. Ello no podía realizarse sin provocar algún desajuste institucional que recibiera la calificación de «golpe», tentación de muchos ibañistas hasta casi 1955 y sueño de muchos que en Buenos Aires esperaban que Ibáñez se convirtiera en un aliado ideológico decidido. El criterio de Perón sobre las posibilidades de la economía muestra una pieza notable de populismo y de su virtualidad internacional.

En su respuesta, Ibáñez aseguraba que no veía la carta de Perón como una intromisión indebida: «Entiendo que es el amigo quien escribe, no el presidente de Argentina». Lo llamaba «gran estadista», el «conductor del pueblo argentino», calificativo que también recibía en Argentina el general Perón, un tipo de descripción heredado de la atmósfera fascista o parafascista de 1930. En una observación notable para comprender cómo Ibáñez se entendía a sí mismo le decía que las condiciones no estaban para ello en Chile. Que la situación de Argentina bajo Perón se parecía a la que a él le tocó vivir en 1927 cuando efectivamente dio su golpe, que hizo lo mismo que Perón hacía ahora y que los resultados hubieran sido casi los mismos si no hubiera estallado la «crisis mundial». Entretanto las cosas habían cambiado y había muchos obstáculos en el camino:

«[La] extraviada pero poderosa fe democrática de las masas; la huella honda del marxismo en la actividad sindical; la verdadera maraña de poderosos intereses de la derecha y de invencibles prejuicios de la izquierda;

⁵³ Carta de 16 de marzo de 1953, ARREE, FCRG, s.f.

una conciencia social subvertida por la gimnasia revolucionaria de los partidos marxistas, ejercitada libremente [...] durante varios lustros; la frondosa maquinaria radical, favorecida por un falso concepto democrático y por una complicada legislación *ad hoc*⁵⁴.

La tentación del «hombre fuerte» no desapareció hasta 1955 si se ha de creer la versión de algunos, en especial Conrado Ríos Gallardo⁵⁵. Y poca duda cabe de que desde Buenos Aires, a través de muchas redes de prensa y subvenciones en Chile, se ejercía una influencia sobre opiniones afines. Sin embargo, entre tanto, en el medio político chileno se creaba un sentimiento de alarma que creó una fuerza contraria que al final sirvió de contrapeso a las veleidades de un «peronismo a la chilena». En todo caso, como señala una autora, es casi imposible probar una intención del gobierno de Perón, pero no cabe duda de que hubo una inspiración en las ideas y estilo del peronismo que incitaba al entorno de Ibáñez⁵⁶.

Pasado este momento, la intimidad de las relaciones quedó en suspenso por la polémica que se abriría en Chile y por la crisis en que se vio envuelto el gobierno de Perón hasta su caída en septiembre de 1955. El peronismo mismo cayó bajo una fuerte crítica en Chile, en la que por un tiempo volvieron a coincidir la izquierda —los comunistas, sobre todo— y la derecha, principalmente por el tema de la Iglesia esta última. Incluso la mayoría abrumadora de la Cámara emitió un informe acerca de la influencia peronista en Chile, censurando al presidente Ibáñez por no haberla detenido⁵⁷. Aunque el fenómeno existía, hay que tener alguna prevención acerca del esfuerzo de objetividad de la Cámara, que además se refería en términos peyorativos a la «influencia peronista», lo que entra más bien en el plano de las ideas y de las persuusiones políticas.

Es por ello que una mayoría de la clase política chilena vio con simpatía la «Revolución Libertadora», aunque luego se disolvió la mayoría del capital de apoyo al nuevo régimen. El embajador Conrado Ríos, ya distanciado de Ibáñez, diría poco antes de la caída del

⁵⁴ Carta de 25 de marzo de 1953, ARREE, FCRG, s.f.

⁵⁵ También esto está en Arturo OLAVARRÍA: *Chile entre dos Alessandri...*, vol. II, p. 299.

⁵⁶ Leonor MACHINANDIARENA DE DEVOTO: *Las relaciones con Chile...*, pp. 647-660.

⁵⁷ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 18 de julio de 1955.

régimen que éste avanzaba «temerariamente al ejercicio de una dictadura sólo comparable a la impuesta por Rosas hace más de cien años»⁵⁸. Ironías de las cosas, Conrado Ríos apoyó al final de sus días al régimen militar chileno.

En la prensa de izquierda apareció un editorial que veía de manera positiva la política latinoamericana de Perón y afirmaba que:

«Los que miran fríamente y con algún conocimiento de causa el problema pueden imaginarse que la reacción antiperonista en este momento puede significar el entronizamiento de una dictadura negra, radical y ultramontana, acaso más peligrosa que el hibridismo socializante y facistoide del señor Perón»⁵⁹.

Ésta puede ser considerada como una izquierda sistémica y en todo caso reflejaba una mirada común en parte del espectro político chileno. Para el Partido Comunista, sin alejarse de su antiperonismo de principio, definido como «fascismo», los problemas finales de Perón son de su culpa y los enfrentamientos con la Iglesia eran una pantalla para esconder tratos petroleros con intereses norteamericanos⁶⁰. En el fondo aquí hay una ambivalencia hacia el peronismo, la cual se irá mostrando con más nitidez en los años siguientes.

Por último, los dos años anteriores a la caída de Perón las relaciones con Chile estuvieron marcadas por puntuaciones antes extrañas. Una seguidilla de incidentes en la zona del Canal Beagle, aunque no tuvieron mayores consecuencias y no alcanzaron en Chile gran connotación pública, eran heraldos de una nueva época de las relaciones⁶¹. Esto es una relativa paradoja, ya que Ibáñez, caudillo militar, hizo lo posible por mejorar las relaciones vecinales con los tres vecinos y se empeñó en que el tema del Beagle discurriera por cauces apropiados, para verse enfrentado después a una situación

⁵⁸ Del embajador al MRE, 8 de septiembre de 1955, ARREE, oficio confidencial.

⁵⁹ Editorial de Manuel de Lima, *Clarín* (Santiago), 19 de junio de 1955.

⁶⁰ *El Siglo*, 26 de junio de 1955.

⁶¹ Del MRE al embajador en Buenos Aires, 18 de noviembre de 1953, ARREE, oficio confidencial 54, vol. 1114.

grave en 1958, advertencia de lo que estaba por venir⁶². Perón jamás tuvo la tentación de hacer del asunto de límites un asunto central de las relaciones bilaterales. Por cierto, desde ca. 1914 Argentina cuestionó los derechos chilenos, o parte de ellos, en la zona del Beagle. Sin embargo, jamás se hizo de las diferencias un asunto de incidentes. Al menos así lo veía Chile con las navegaciones de buques de guerra argentinos en lo que consideraba aguas chilenas. ¿Habría sido una suerte de resistencia semiconsciente de la marina argentina al gobierno de Perón? Queda abierta la pregunta.

Persistencia de política exterior

Si podemos establecer un patrón en esta historia se podría decir que, en primer lugar, y mirando la larga duración de las relaciones, existe un patrón de política de Estado anclado en una cultura de relaciones internacionales del sistema político que persiste a lo largo del tiempo. Ello se vio estremecido, pero no alterado, por momentos durante el periodo de la Argentina del primer Perón. El desafío de este fenómeno nuevo se había originado en 1945, pero se mostró con una luz especial bajo Ibáñez, ya que por razones de peso éste podría ser considerado simpatizante de Perón y el peronismo, y por un momento, entre septiembre de 1952 —elección presidencial— y marzo de 1953 —elecciones parlamentarias—, tuvo bajo su influjo a masas que quizá hubiera podido movilizar. El peronismo tuvo repercusiones en un entorno regional que para Chile, más que para otros países latinoamericanos, ha sido una fuente de problemas desde el siglo XIX. Dentro del continente fue el mayor cambio en las combinaciones de lo interno y lo externo hasta la Revolución cubana. Al final, por las razones expuestas, bajo Ibáñez hubo continuidad en la aproximación práctica hacia Argentina y en establecer relaciones que se considerasen aceptables para ambas partes, sin asumir la visión continental que emergía desde Buenos Aires. Chile mantuvo su versión entre los principios y la pragmática en su alineamiento con el «mundo occidental», aunque esto no significase compartir todos los objetivos de Washington. No debe olvidarse ni

⁶² Conrado RÍOS GALLARDO: *Chile y Argentina. Consolidación de sus fronteras*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1960, pp. 195 y ss.

un instante que ello se daba en lo que se podría llamar el periodo «clásico» de la democracia chilena, entre 1932 y 1973. Chile, como se dijo, estuvo en el centro de la crisis ideológica mundial del siglo xx. Ante el caso de la Argentina peronista, Chile experimentó intensamente —al igual que el resto de los países del cono sur— el desafío interno y externo que plantean los populismos⁶³.

En segundo lugar, las tentaciones de seguir la aguas argentinas y peronistas como persuasión política no provenían de la influencia de la política exterior argentina, sino de la dinámica de la política interna chilena, en la cual autoritarismo y populismo desempeñaban un papel relevante dentro de una inercia democrática que, no sin algunas dudas, todavía daba el tono. En Chile, a lo largo del siglo xx el populismo estuvo asociado a la izquierda marxista y por eso su carácter propiamente «populista» era limitado⁶⁴. La excepción estuvo en el ibañismo de la década de 1940 hasta 1952, si bien fue una suerte de epifenómeno canalizado por las tendencias institucionales de la democracia chilena. Para decirlo de otra forma, como consecuencia de esta historia, en Argentina el peronismo desmanteló a la izquierda radical; en Chile, la izquierda marxista desmanteló una tentación populista en «estado puro» dentro de la misma izquierda.

En tercer lugar, se confirmó una tendencia que venía desde 1881 (Tratado de Límites) o 1902 (Pactos de Mayo): la omnipresencia de las relaciones con Argentina, aunque lo contrario —la importancia de Chile para Argentina— no sea algo correlativo. Si bien la posición interamericana de los gobiernos chilenos era claramente distinta a la de Argentina en su apreciación de Estados Unidos y de su papel en el continente, se negaron a efectuar una elección radical entre ambas tendencias, respirando una atmósfera en la cual el desafío de Perón a Estados Unidos fue también muy relativo. Más allá de la retórica y las tentaciones supuestas por la influencia peronista proveniente desde Argentina, el gobierno de Ibáñez no se desvió de la tradición y la doctrina históricas de la política exterior del Estado chileno.

⁶³ Michael L. CONNIFF: «Neopopulismo en América Latina. La década de los noventa y después», *Revista de Ciencia política*, XXIII, 1 (2003), pp. 31-38. Las relaciones entre la Argentina de Perón y otros países de América del sur es tratada *in extenso* en el trabajo de Loris ZANATTA: *La Internacional Justicialista...*

⁶⁴ Paul W. DRAKE: *Socialismo y populismo: Chile, 1932-1973*, Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso-Instituto de Historia, 1992.

Copyright of Ayer: Revista de Historia Contemporánea is the property of Asociacion de Historia Contemporanea and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.